

## AVENTURA FINGIDA Y AVENTURA VERDADERA: ROQUE GUINART FRENTE A DON QUIJOTE

La estancia de Don Quijote en Barcelona proporciona a Cervantes uno de los momentos más singulares de la Segunda parte de la obra: el encuentro del hidalgo y su escudero con el bandolero catalán Roque Guinart. El episodio tiene especial importancia por un doble motivo: enfrentar a Don Quijote con un verdadero aventurero, que encarna además la justicia natural, y por otro lado, presentar al único personaje histórico con participación activa en la novela.

A partir de un evidente contraste entre dos esferas tan opuestas como la de realidad frente a ficción, encarnadas respectivamente por las figuras de Roque Guinart y Don Quijote, comprobaremos cómo la figura del caballero andante pasará de espectador a sombra, dando paso a otra de mayor envergadura en el episodio que viven juntos; episodio que será detalladamente escrutado para, a través de sus varios momentos, comprobar los motivos que corroboran este palidecer del loco hidalgo.

Ya en *La Galatea*, cuya redacción estaba muy adelantada en 1582, mostró Cervantes admiración por los bandoleros en la historia de Timbrio<sup>1</sup>; el problema del bandolerismo estaba tan extendido en

---

<sup>1</sup> Se menciona este aspecto en el interesante artículo de F. M. DE MELO, «Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña», *BAE*, XXI, p. 468b. Para un acercamiento más general al fenómeno del bandolerismo son interesantes los trabajos de F. HERNÁNDEZ GIRBAL, *Bandidos célebres españoles (En la historia y en la leyenda)*, dos tomos. Madrid, Eds. Lira, 1977; E. J. HOBBSBAWN, *Primitive rebels*, traducción castellana, Barcelona, Ariel, 1970; J. DE ZUGASTI, *El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, 10 tomos. Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1876-1880; *idem*, *El bandolerismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1982; en su interesante artículo titulado «El Bandolerismo catalán en el s. XVII», en *Le bandit et son image*

Cataluña, que el autor bien lo pudo tomar como uno de los tópicos de la zona para dar mayor fuerza de acción a la trayectoria del caballero, al igual que había hecho con el episodio de los molinos de viento en La Mancha, universalizando así estos aspectos de la realidad de la España del 1600; por otra parte, y ésta es la tesis que se pretende defender, lo rocambolesco de ambas aventuras acentuaba el sentido ridiculizador de las hazañas de Don Quijote; al reunir, en el caso que nos ocupa, dos figuras tan dispares (oscureciendo Guinart a nuestro hidalgo), afirmaba así Cervantes el único reducto de valor y valentía en una España en declive.

El problema del bandidaje es sintomático de la Barcelona de los siglos de oro y, cuando nuestro protagonista llega al Principado, hay en Cataluña y Aragón grandes desórdenes provocados por los bandoleros. El origen de este fenómeno es de carácter social, pues entre el habitante de la montaña y el del llano se había establecido una barrera social y cultural, que trataba de reemplazar el límite imperfecto trazado por la geografía. El montañés solía descender con sus ganados en el período invernal de la trashumancia, o acudía al llano en demanda de trabajo (*segadors* catalanes); si fracasaba su proyecto, se transformaba en bandolero o nutría los centros de reclutamiento de aventureros y soldados mercenarios; siempre los principales núcleos de bandolerismo mediterráneo radicaban en fronteras montañosas. La oposición montaña-llanura fue, pues, determinante en la concentración de focos de bandolerismo en las rutas terrestres, rutas que en la segunda mitad del siglo XVI habían comenzado a sustituir a las marítimas para el drenaje de oro y plata indios hacia Italia y los Países Bajos.

Ya desde el siglo XVI el bandolerismo tiene explicación atendiendo a la miseria social de los humildes; en Cataluña, afirma Vicens Vives, «junto a una motivación social evidente, hay que tener en cuenta los factores humanos —espíritu aventurero y de rebeldía—, políticos —diversidad jurisdiccional y abundancia de dominios señoriales—, y geográficos»<sup>2</sup>. Ya el Ventero que armó caballero a Don Quijote afirmaba que

en los años de su mocedad se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Parcheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras

au *Siècle D'Or*. Madrid. Casa de Velázquez/Publications de la Sorbonne, 1991, RICARDO GARCÍA CÁRCCEL sugiere como algo anticuada la visión de Hobsbawn.

<sup>2</sup> J. VICENS VIVES, *Historia social y económica de España y América*. Vol. 3. Barcelona, Teide, 1960, 148-151.

diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos... (I, 3, 88)

El fenómeno bandoleril se extendió por toda la península. Alergado por la situación, el gobierno de Felipe II había hecho patéticos llamamientos a los virreyes respectivos, encareciéndoles su persecución, y ya en 1569, sucumbiendo en un período de crisis, había ordenado el arresto de diputados catalanes, sospechosos de haber colaborado con hugonotes<sup>3</sup>.

Acaudillado por Joan de Serrallonga, el bandolerismo catalán se incrementó en el primer tercio del siglo XVII. No cabe la menor duda de que el principal aliado del bandolerismo en Cataluña fue la atomización de la autoridad en múltiples señoríos jurisdiccionales, con frecuencia rivales entre sí; la relación entre la nobleza catalana y el bandolerismo pirenaico fue muy compleja, pues los bandoleros actuaban en servicio de unos y contra otros<sup>4</sup>. Hay que añadir también a esto la figura de Felipe III, rey débil, con inflación creciente, influencia perniciosa del Duque de Lerma, nobleza problemática y un sinfín de desórdenes, que fueron también el excelente caldo de cultivo de un fenómeno en auge. No obstante, destaca en este período la figura del virrey de Albuquerque, que reina en Cataluña entre 1616 y 1619, el cual ejecutó bandoleros y mantuvo excelentes relaciones con los Consellers, como bien ha estudiado J. Reglá<sup>5</sup>.

Hacia 1610 el principado catalán está dividido en dos facciones: los *nyerros* y los *cadells*<sup>6</sup>; «Se trataba —como afirma Martín de Riquer— de una antigua bandosidad entre dos familias que se había ido ampliando y engrosando, incluso después de la política pacificadora de Carlos I y el marqués de Lombay, virrey de Cataluña, hasta dividir gran parte de la opinión y de la pasión catalanas

---

<sup>3</sup> HENRY KAMEN, *Spain 1469-1714. A Society of Conflict*. London, Longman, 1991, 141.

<sup>4</sup> Se ha visto la figura del bandolero como cómplice de los intereses de los señores y las autoridades locales y violentos desarticuladores de cualquier tentativa de movilización campesina; instrumentos de las prolongadas luchas faccionales de la clase dominante y fenómenos de una sociedad en proceso de enriquecimiento; mercenarios al servicio de tal o cual noble, etc. Véanse A. BLOCK, «The peasant and the Brigand: Social Banditry Reconsidered», *Comparative Studies in Society and History*, XIV, 4, 1972; L. LEWIN, «The Oligarchical Limitation of Social Banditry in Brazil», *Past and Present*, 82, 1979.

<sup>5</sup> J. REGLÁ, *Els virreys de Catalunya*. Barcelona, 1956.

<sup>6</sup> Véase, para una información más precisa sobre esta rivalidad, la tesis doctoral de XAVIER TORRES, *Nyerros i cadells: bandols i bandolerisme a la Catalunya de L'Antic Règim (1590-1640)*. Barcelona, Universidad Autónoma, 1988; subraya el autor en este trabajo la vinculación del bandolerismo con las clases medias no urbanas, tanto en Cataluña como en Valencia, y la existencia de auténticas mafias locales.

en dos facciones irreconciliables en las que militaba gente de toda condición»<sup>7</sup>.

Cabeza de los *nyerros* era Carlos de Villademany y su figura Oristá Perot Rocaguinarda, verdadero nombre del personaje del *Quijote*; luchaban contra los allegados de la nobleza, los *cadells*, aunque aferrarse a uno u otro bando correspondía más a tradiciones familiares que a diferencias ideológicas y, de ahí, que también hubiera aristócratas y eclesiásticos entre los *nyerros*. Cuando, tras una vida azarosa, Guinart decidió enmendar su conducta, elevó una carta al Rey en 1610 para conseguir una amnistía a cambio de servir en los tercios de Italia o de Flandes durante diez años; quiso salvar también a sus valedores o «fautores» aduciendo que él los había forzado a estar de su parte, rasgo que no carece de generosidad o de sutil intención política, pues muchos de ellos eran personas poderosas. Fue entonces, durante la estancia en Nápoles de Roque Guinart, cuando Cervantes escribió el episodio (ambos compartían el mismo protector, el Duque de Lemos).

Pero también existe otra tesis: «Cervantes —como bien dice Martín de Riquer— hombre ya prestigioso y respetado como autor de la primera parte del *Quijote*, auténtico éxito de editorial y de público, pudo conocer en Barcelona a caballeros principales de la facción de los *nyerros* y “fautores” de Rocaguinarda, como lo es evidentemente el barcelonés don Antonio Moreno de la novela, que tan afablemente acoge a don Quijote y a Sancho»<sup>8</sup>, lo que sugiere que el autor de *Don Quijote* pudo haber residido en Barcelona, integrándose en el ambiente y las preocupaciones de la ciudad que constantemente tenía noticias del bandolero; pero ésta es tan sólo una hipótesis.

Toda esta coyuntura está presente en el *Quijote*, protagonizando el capítulo LX, con nuestro protagonista de camino a Barcelona. Las páginas que a continuación nos ocupan interesan tanto por su contenido histórico como por el ficcional; a través de la superposición de un código real (la violencia como lenguaje performativo) y otro figurado (Don Quijote como portavoz del lenguaje reflexivo, entendido como discurso sobre el discurso), Cervantes construirá una línea de motivos de comicidad, en los que el áurea del caballero andante enmudecerá en una orquestación de acciones sin precedentes en la novela; por ello, no conviene dejar pasar ni un solo movimiento del episodio que nos ocupa.

El bandolero catalán pasará a ocupar el primer plano porque el

<sup>7</sup> MARTÍN DE RIQUER, *Don Quijote en Barcelona*. Barcelona, Sirmio, 1989, 62-63.

<sup>8</sup> RIQUER, 81. Vid. también MARTÍN DE RIQUER, «El *Quijote* y el bandolerismo catalán», en la *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal. Madrid, Espasa-Calpe, 1986, tomo XXVI (*El Siglo del «Quijote»*), 170-191.

autor de *Don Quijote* es consciente de que las acciones de Guinart se llevan a cabo en el mundo concreto y tienen efectividad en lo real. Y desde el punto de vista de la novela misma, la introducción de su persona es idónea, pues como afirma Antonio Rey Hazas, «el bandolero real se aviene así magníficamente a las exigencias de la poética novelesca áurea, porque sus peculiaridades históricas (de aventurero al margen de la ley y al mismo tiempo de noble caballero) encajan a las mil maravillas en el tipo de trabas e impedimentos que la narrativa de la época necesitaba»<sup>9</sup>.

Llama la atención, en primer lugar, la concentración de violencia a la que asistimos<sup>10</sup>. Poco antes de toparse con los bandoleros, nuestros protagonistas han llegado por primera y única vez a las manos, a causa del desgraciado asunto de los azotes de Sancho; tras el altercado, y dormidos después de tanto ajetreo, será cuando el escudero perciba sobre su cabeza que unos pies cuelgan del árbol donde yace. Encontramos así el primer motivo de comicidad, al «vocear» entonces Sancho a su señor, palparlos éste y afirmar a continuación que son de «forajidos» y «bandoleros». Pero Cervantes alargará aún más este primer contraste, al presentar, a la mañana siguiente, a Don Quijote desprevenido ante los bandoleros, «a pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol, y, finalmente, sin defensa alguna» (II, 60, p. 493).

La igualdad de niveles alcanza con esta única escena su principio y fin: a partir de aquí se acabó la voz del caballero andante, que aún sin haber llegado Roque Guinart, ya «tuvo por bien de cruzar las manos e inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura» (p. 493), preludio de lo que será la tónica general del episodio.

La entrada en escena de Guinart es esplendorosa, a caballo, en contraste con Don Quijote, y descrito incluso generosamente<sup>11</sup>, lo

---

<sup>9</sup> ANTONIO REY HAZAS, «El bandolero en la novela del Siglo de Oro», en *Le Bandit et son image au Siècle D'Or*, 201-217.

<sup>10</sup> Son numerosos los pasajes en los que existen atisbos de mal físico y moral, así como de violencia, episodios que podrían configurar por sí solos la creación de un voluminoso libro; es interesante a este respecto el artículo de ANTONIO MARTÍ, «Mal y violencia en Don Quijote. Crítica social cervantina», en *Anales Cervantinos*, 25-26, 1987-88, 285-303.

<sup>11</sup> Ya en el entremés *La cueva de Salamanca*, Cervantes había mencionado a la figura de Guinart, descrito benévolamente: Caraolano, estudiante de Salamanca, yendo de viaje, narra su peripecia a Leonarda, quien le ha dado cobijo en una noche de tormenta, contándole que en su camino a Roma le robaron «unos lacayos o compañeros de Roque Guinarte, en Cataluña, porque él estaba ausente; que por estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque es muy cortés y comedido, y además limosnero». MIGUEL DE CERVANTES, *Entremeses*, Ed. de N. Spadacchini, Madrid, Cátedra, 1992, 241-242; véase LORENZO RIBER, «Al margen de un capítulo de *Don Quijote*», *BRAE*, 27, 1947-48, 79-90.

cual es bastante verosímil, ya que en el momento del episodio el catalán es popularísimo por sus innumerables hazañas en Vich, Molseny y Sagarra, comarcas catalanas donde se ha hecho fuerte; sus gestas, por otra parte, han calado en la sociedad de forma casi mítica: en 1610, por ejemplo, nuestro bandolero ha derrotado a mil hombres que habían sido mandados en su captura, el 3 de junio de 1611 ha entrado clandestinamente en Barcelona, invadiendo el campo de Tarragona y dando prueba de un valor que Cervantes no deja de resaltar<sup>12</sup>; Guinart es un hombre campesino que sabe perfectamente atemorizar a otros de su condición y que, invocando su condición de cristiano, jura que sus terribles amenazas se harán realidad. Es respetado por todos y, por tanto, Cervantes acomoda a sus protagonistas a las circunstancias del encuentro para no romper la verosimilitud.

En su descripción del bandolero, el autor nos aporta su edad con exactitud (32 años, pues nació en 1582), pero se equivoca, no sabemos si deliberadamente, en su fisonomía («robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena» [II, 60, p. 494], frente a la descripción que aportan los testimonios históricos de testigos visuales)<sup>13</sup>.

El choque cordura-locura se producirá tras la presentación de los dos personajes; Guinart, en su mundo de valentía, Don Quijote en su universo caballeresco; de aquí saldrá su opinión el catalán, quien

conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía, y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir a que semejante humor reinase en corazón de hombre (II, 60, 495).

Veamos, pues, y antes de constatar cuáles serán los contrastes de tan extraordinario encuentro, las palabras de Roque Guinart:

No habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas (II, 60, 495).

El discurso del catalán es muy significativo, pues incluso antes de conocer la identidad de su víctima, afirma poseer benévola acti-

<sup>12</sup> No vamos a realizar aquí una biografía detallada de la figura de Perot Rocaguinarda; para una mayor información sobre el tema puede consultarse la obra de L. MARÍA SOLER Y TEROL, *Perot Roca Guinarda: història d'aquest bandoler. Manresa*, 1909.

<sup>13</sup> En realidad Perot Rocaguinarda «era alto y espigado, muy delgado, enjuto, con los bigotes afilados, boca grande y barba escasa y tirando a roja», MARTÍN DE RIQUER, 82.

tud; se ha dicho que el bandolero está descrito idealizadamente, pero lo cierto es que es más bien una caracterización algo novelesca (Guinart asesina, no lo olvidemos, a un correligionario suyo).

Sabemos, entonces, que el catalán es consciente de la locura del caballero hidalgo y tiene curiosidad por ir más lejos: no hay crítica de Cervantes como la había en los Duques, que solo pensaban en divertirse a costa del hidalgo loco; Guinart la concibe como enfermedad e, incluso, habla de «humores», pero no se burla en ningún momento; sutilmente, y empleando un lenguaje de raigambre bíblica <sup>14</sup> («el cielo [...] suele levantar los caídos y enriquecer a los pobres», o, reconociendo su sino, afirma que «como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo» <sup>15</sup>) le advierte que nada tiene que temer.

El episodio central de la aventura con los bandoleros es interesante por su estrecha conexión con la realidad del momento; una de los *nyerros*, Claudia Jerónima, se ha enamorado de un *cadell*, Vicente Torrellas; se trazan aquí los lazos de parentesco, comprobándose que las causas familiares son las que guían a afiliarse a uno u otro bando. Clauquel Torrellas, padre del malherido joven, es enemigo de Guinart; la joven pide al bandolero ser pasada a Francia, donde tiene familia, circunstancia ésta muy común, ya que los *nyerros* asumieron un carácter afrancesado (incluso reclutaron gascones en sus filas); las guerras francas de religión habían provocado nuevas oleadas de inmigrantes hacia las comarcas pirenaicas y los gascones así llamados se entregaban al bandidaje. (De hecho, en 1563 el virrey de Barcelona, Hurtado de Mendoza, se había visto obligado a concentrar toda su atención en este problema: para prevenirlo, quiso aumentar el poder del estado por encima de las banderías nobiliarias; la unión tuvo éxito, pero los egoísmos y miras particulares de la nobleza provocaron frecuentes deserciones); por lo tanto, no es de extrañar que se establecieran lazos ultra-pirenaicos y la petición de la joven resulta ser perfectamente razonable.

Tras la conclusión del episodio de Claudia Jerónima, Guinart volverá al lugar donde dejó a Don Quijote y Sancho. El caballero andante no llegará a un acuerdo lingüístico con los bandidos y éstos

---

<sup>14</sup> Era conocido el antiprottestantismo de algunos bandoleros como Banquis, Llupiá o Rocaguinarda, y tal vez por ello Cervantes lo haya caracterizado como ferviente católico. Por otra parte, el héroe bandolero pasará al ámbito castellano como un personaje movido por ambiciones políticas y desprovisto de su carácter violento; en J. R. LODARES, «El bandolero desde el idioma», en *Le bandit et son image au Siècle D'Or*, 153-161.

<sup>15</sup> Palabras éstas extraídas del Salmo 41,8.

no entenderán sus monsergas; la burla y empequeñecimiento de Don Quijote se desarrolla aquí en dos momentos; el primero, cuando Guinart desoye las palabras de valentía de caballero y escudero para ayudar a Claudia Jerónima: «Roque, que atendía más a pensar en el suceso de la hermosa Claudia que en las razones de amo y mozo, no las entendió...» (II, 60, p. 495), el segundo, cuando Don Quijote, en su esfera de lenguaje-discurso, aconseja a los gascones que «dejasen aquel modo de vivir tan peligroso así como el alma como para el cuerpo» (II, 60, p. 499).

La prédica de Don Quijote ridiculiza aún más a su protagonista, cuya figura declina, y empequeñece su dimensión más activa, al confrontarla con verdaderos hombres de acción. Como hemos mencionado antes, las palabras del catalán se hacen órdenes, mientras que las de Don Quijote encarnan un lenguaje descriptivo que ya no implica acción. La escena de un Roque Guinart volviendo de una aventura más, encontrándose con un Don Quijote que se ha jactado de sus hazañas cuando se dio a conocer, pero que aconseja ahora lo contrario a los gascones, es del todo lamentable. Y desde su punto de vista más social y humano, viendo el bandolerismo como un 'modus vivendi', las palabras de un Don Quijote, hidalgo y castellano, suenan absolutamente fuera de lugar y reafirman su ocaso precipitado.

Por otro lado, esta falta de entendimiento entre unos y otros no es sino una bellísima metáfora de la falta de ligazón existente entre dos mundos diametralmente opuestos, y un aviso para todos los lectores (ya fueran de libros de caballerías o no) de que el bandolerismo era un problema digno de atención.

Desde una vertiente histórica, son interesantes las palabras de Martín de Riquer, quien señala:

Roque Guinart y su cuadrilla, arrancados de la verdad misma, inmediata, contemporánea, constituyen los primeros seres de aventura con que topa Don Quijote en su vagar por las tierras de España. Por fin Don Quijote se ha encontrado con las buscadas aventuras, no soñadas ni fingidas, sino reales <sup>16</sup>.

Guinart es un verdadero hombre de acción, que intenta y consigue enmendar entuertos, lo cual supone un duro golpe para la figura de nuestro caballero en la historia de la novela, a quien sitúa en contraste con la realidad más peligrosa; como ente literario y de ficción también Don Quijote sale mal parado, pues se ha encontrado con un ser de dimensiones míticas y no con una mera compar- sa, como Carrasco bajo sus disfraces; queda ridiculizado ante el

<sup>16</sup> MARTÍN DE RIQUER, *Aproximación al Quijote*. Barcelona, Teide, 1967, 159.

lector, que en la España de 1615 podía conocer bien el problema del bandidaje, y que sentía que una luz de aviso le recordaba lo inhóspito de la realidad de los caminos españoles, auténtico problema sin resolver. El lector de hoy lee el episodio con la curiosidad y complacencia de ver el bandolerismo con cierta áurea romántica y como movimiento ya extinguido; el del siglo XVII lo considera un asunto delicado, y la introducción de un hidalgo loco suponía para él un contraste mucho más crudo (ya sea cómico o trágico) que para nosotros.

Es por ello también por lo que la sangre real y verdadera aparece por primera vez en toda la novela; a diferencia de la sangre de Basilio en el episodio de las bodas de Camacho que era «industria, industria» (p. 200), la de Vicente será auténtica, como lo es también la que se derrame con el asesinato del bandolero, ejecutado por Guinart, cuando éste le abra la cabeza con su espada: ya no habrá parodias, ni humor, ni Dulcineas encantadas, ni duques chistosos, sino la crueldad del día a día del bandolerismo, culminada con esta anécdota, que bien pudo conocer Cervantes de oídas. No hay máscaras, ni visiones quijotescas: lo que se ve es lo que hay.

El otro gran momento de violencia alcanzará al propio Sancho, cuando esté a punto de ser asesinado por un bandolero, tras llamar ladrones a Guinart y sus secuaces; si el anterior asombraba por su rudeza, éste lo hará por su verosimilitud, que a poco estará de truncar la trayectoria de nuestros protagonistas.

Consecuentemente, Cervantes dotará a este episodio de un dramatismo que no existe en todos los anteriores; no habrá más acción para los protagonistas que en otros episodios, pero la que haya surgirá espontánea y no preparada. Todo será inesperado, como la propia vida del bandolero. Don Quijote y Sancho tendrán papeles más pasivos, pues ellos jamás intervendrán directamente en la acción y sólo conversarán a ratos. Recordemos, además, que Don Quijote está desarmado; la siguiente noche, tras despedirse de Guinart, el caballero la pasará cómicamente subido a su caballo: «quedóse Don Quijote esperando el día, así, a caballo, como estaba» (II, 61, p. 506), a imitación de lo que ha visto en los bandoleros, y para evitar ser emboscado de nuevo.

Para lograr tanta tensión y «suspense» el autor se valdrá de dos medios fundamentales: a) el narrador omnisciente trasladará su 'zoom' de una escena a otra con gran rapidez; b) los cortes de acción serán continuos. Efectivamente, cada vez que nuestros protagonistas inicien conversación con el jefe bandolero, sucederá un episodio inesperado o un acto de extrema violencia. La vida de Don Quijote y Sancho al margen de la ley será igualmente intensa para

el lector que se deja llevar por el estilo de Cervantes: escenas rápidas para una vida de total movilidad:

Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltará qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, acullá comían; unas veces hufan, sin saber de quien. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque tenían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no podían saber donde estaba; porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, o le habían de matar, o entregar a la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa (II, 61, 505).

Pero siempre volvemos al camino de la burla; uno se pregunta qué pinta Don Quijote en todo este mundo y cómo no ha acusado el contraste de un universo tan ajeno. La pareja protagonista vuelve a estar al margen de la ley: la aventura de los vizcaínos, donde Sancho se ha dedicado al pillaje, la aventura de los galeotes, o las innumerables veces que han partido de las ventas sin pagar, nos sirven de precedentes. El episodio provoca y debió provocar en su tiempo terrible hilaridad, al ver a Don Quijote «triste» por haber sido sorprendido por los bandoleros, desprevenido y sin armas; el choque de dos códigos tan dispares produce, ante todo, risa, y no encontramos sentimiento de culpabilidad o inquietud en los protagonistas, sino un discurso hueco que anima a los gascones a abandonar el bandolerismo, y que sugiere a Roque Guinart que se dedique a la caballería andante. Todo, sin duda, de lo más disparatado.

El otro aspecto a tratar es el de la justicia, que se presenta en el episodio a través de la figura de Guinart y su repartición del botín. Ante un tema de tanta importancia, dos opiniones prevalecen sobre este asunto; algunos críticos, como Lorente-Murphy y Frank, afirman que el episodio no es sino una parodia del sistema legal existente y no una presentación del tópico renacentista de la justicia natural; dicen las dos estudiosas en su artículo que

la justicia distributiva no funciona como un fenómeno de igualdad, sino como contraparte de la justicia conmutativa en un sistema donde se respetan las jerarquías si ellas se basan en el merecimiento individual y no en distinciones de rango social<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> SILVIA LORENTE-MURPHY y ROSLYN M. FRANK, «Roque Guinart y la justicia distributiva en *El Quijote*», *Anales Cervantinos*, 20, 1982, 103-113.

A esto se opone la idea de Américo Castro, que aprecia ante todo el tópico renacentista de la justicia natural y defiende que Cervantes se complace en oponer la justicia espontánea, sencilla, equitativa, en suma, la mística natural, a la legal y estatuida. Defiende, además, que el escritor recibió de la tradición renacentista un concepto de justicia que hallamos en Montaigne y otros pensadores del siglo XVI, en estrecha conexión con la doctrina de la moral natural, existiendo en los protagonistas una moralidad superior, basada en estímulos inmanentes (aquí se entiende la liberación de los galeotes, por ejemplo)<sup>18</sup>.

Pero nosotros nos inclinamos, sin desechar estos dos postulados, hacia una tercera vía unificadora, más conectada con la realidad del momento y más desligada de asuntos estéticos sobre tópicos o críticas. En nuestra opinión, la justicia equitativa de Roque Guinart sigue el hilo de coherencia de todo el episodio: un hombre justo que reparte como hombre justo. Por otra parte, es de importancia fundamental en este caso saber cuáles fueron las fuentes de Cervantes, y si eran de oídas o él mismo conoció a miembros de alguno de los dos bandos. Y en tercer lugar, no hay que ver el tema de la justicia como una virtud sorprendente en Guinart, que ha elegido el bandolerismo como un 'modus vivendi' (y que, como hemos visto, tiene innumerables riesgos), pues la justicia no es incompatible con su quehacer al existir una causa de transfondo: hay que considerar a Guinart dentro de su contexto. No en vano dirá muy sagazmente Américo Castro:

Cervantes ha establecido en este caso el habitual contraste entre un mundo ideal y universal y la concreta realidad que le cercaba, pero por tratarse de asunto tan vitalmente próximo a él, de contornos tan dolorosos, no hallamos el menor intento de sátira, de crítica de la fantasía con que soñaba su alma noble<sup>19</sup>.

Pero volvamos al texto. El primer ejemplo de la ecuanimidad del bandolero se produce tras volver de ayudar a Claudia Jerónima; colocando a los suyos «en ala», hará un «tanteo» de «los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última repartición habían robado». Nótese que no habla de «la última vez», o «desde el último asalto», sino desde «la última repartición», resaltando el sentido igualitario de la vida de bandidaje. Lo no repartible lo apartará y lo reemplazará por dinero, dejando a todos «contentos, satisfechos y pagados» (II, 60, p. 500). Y aún más: Guinart dirá, recordando el sentido igualitario de sus hombres: «Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podría vivir con ellos» (II, 60, p. 500).

<sup>18</sup> AMÉRICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Ed. Noguer, 204.

<sup>19</sup> AMÉRICO CASTRO, 209.

A este dechado de virtudes equitativas, Cervantes añadirá un elemento más: Roque Guinart reparte con extrema «legalidad y prudencia», sin abandonar nunca la justicia distributiva. Al asombro de los protagonistas por este hecho se añadirá el de Don Quijote:

Admirado quedó Don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes, de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso (II, 60, 501).

El segundo ejemplo de justicia es igualmente significativo y el tono romántico del episodio nos recuerda a los bandoleros goyescos del siglo XIX: Guinart pedirá a los capitanes, peregrinos y mujeres apresados que le «presten» dinero para contentar a su cuadrilla y, tras escribir un salvoconducto (normalmente tenía a sus cuadrillas dispersadas) y solicitarles perdón, les dejará en libertad. No se puede pedir más corrección. Incluso Guinart utiliza un discurso novelesco e idealizado cuando reparte: «mírese a como le cabe a cada uno, porque yo soy mal contador», lenguaje que provoca entusiasmo en sus hombres y en el lector. Hasta los robados le estarán agradecidos...

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron, en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no consintió en ninguna manera (II, 60, 503).

Total ecuaminidad y reparto para todos. Pero hay, no obstante, cierto tono de ironía y crítica en las palabras de Cervantes, incluso hacia la figura del «gran Roque», como, curiosamente, se cuida mucho en la caracterización de los viajeros robados: son militares, religiosas y la mujer de un burócrata. La postura de Cervantes en el episodio es harto delicada, pues se coloca de parte de un fenómeno antisocial, cuyos medios de vida demuestran, por su justicia y solidaridad, la otra injusticia en la que España se ve inmersa: injusticia social, donde la nobleza lo posee todo y el pueblo vive miserablemente (no en vano, éste es el siglo de la picaresca).

Pero no nos engañemos: Roque Guinart cuenta con importantes valedores en Barcelona, entre la nobleza e incluso entre los Consellers de la Ciudad y miembros de la Generalidad y del Congreso Real, lo que hace muy difícil la acción del Virrey<sup>20</sup>. Una figura encarna esta conexión del bandolero con las altas esferas y

<sup>20</sup> MARTÍN DE RIQUER, 74.

esta figura es, precisamente, el último personaje relacionado con este episodio: Antonio Moreno. Como hemos señalado anteriormente, tanto *nyerros* como *cadells* contaban con poderosos a sus espaldas, lo que hacía el fenómeno extraordinariamente complejo. Las intrigas de los nobles y poderosos habían provocado numerosos conflictos con los bandoleros por medio, como agentes de desorden. Antonio Moreno será uno de los muchos allegados de Guinart y acogerá como tal a los amigos de su amigo.

El propósito de Cervantes de introducir a Moreno responde a un intento de coherencia, al presentar al rico catalán como una rama «legal» del fenómeno del bandolerismo, y le sirve asimismo de eslabón para introducir los episodios de la estancia del caballero y escudero en Barcelona. La presentación de una ciudad compleja y multicolor completará el panorama del bandidaje, recreando, junto a su faceta militante, su otra cara burguesa, poderosa, que patrocina el latrocinio y que acogerá a bandoleros en sus hogares <sup>21</sup>.

Durante su permanencia en casa de don Antonio Moreno, Don Quijote seguirá, en cualquier caso, sus pautas de comportamiento caballeresco; su mundo de aventuras le seguirá a todas partes, y no será consciente de los peligros reales que ha vivido al margen de la ley. La tolerancia de Guinart y Moreno y su trato como caballero convertirán la estancia del protagonista en una excusa para desplegar su falta de cordura; de Guinart admirará su condición de hombre de acción y su natural predisposición para cualquier tipo de evento, pero la figura de Antonio Moreno cobrará autonomía tan rápidamente que en seguida se olvidarán sus relaciones con los bandoleros. Lejos quedará ya la ostentación del mundo carnavalesco de los Duques: a pesar de no tener correlato en la realidad como lo tenía Roque Guinart, Antonio Moreno será un personaje de entidad predominantemente realista y una figura de gran credibilidad como rama urbana del fenómeno más definitorio de Cataluña.

Terminemos, pues, insistiendo una vez más sobre la idea clave de este episodio: Don Quijote y Sancho han pasado del mundo hechizado de los azotes de Dulcinea a la más dolorosa realidad española, en un nuevo y magistral contraste de Cervantes. La no

---

<sup>21</sup> No en vano afirma Martín de Riquer, refiriéndose a la figura de Guinart, que «no solo le ayudan campesinos y aldeanos: en septiembre de 1609 Rocaguinarda y su cuadrilla, compuesta en aquel momento de veinte hombres, es acogido amablemente en el castillo de Barberá, de la orden de San Juan de Jerusalén, por los nobles caballeros fra Miguel de Sentmenat y fra Galceran Turell, destacados *nyerros*, a los que el bandolero ayudó en sus pugnas armadas contra el *cadell* Onofre de Biure, a quien quemaron los pajares que tenía cerca del castillo de Vallespinosa». Demostrando que Guinart, por tanto, no es sino un peón que mueven los poderosos como arma de combate para aterrorizar a sus enemigos. MARTÍN DE RIQUER, *Don Quijote en Barcelona*, 72.

adquisición del código caballeresco por parte de un rudo campesino bandolero, de nombre familiar para el lector de 1615, será triste motivo de burla al presentar un contraste tan acentuado entre los personajes que definen el episodio. El declive del loco caballero se acentuará aún más cuando comprobemos su total ignorancia de lo que le está ocurriendo; por otra parte, ofrecerá el motivo penoso de aconsejar una postura legal a hombres al margen de la ley, a través de los cuales Cervantes encontrará una excusa para criticar todo el mundo de injusticia durante el cual se concibió el episodio cuando ya estaba nuestro bandolero en su dorado exilio de Italia.

ENRIQUE GARCÍA SANTO-TOMÁS  
Brown University